



Por Idalia Vázquez Zerquera  
(idalia@vanguardia.cu)

## Terminar de una vez con el robo de combustible

A pesar de los reiterados controles e inspecciones a entidades estatales para erradicar el robo de combustibles, las sustracciones continúan en Villa Clara y otros territorios del país. Sin duda, un golpe para la economía cubana en momentos en que urge ahorrar al máximo el también denominado oro negro.

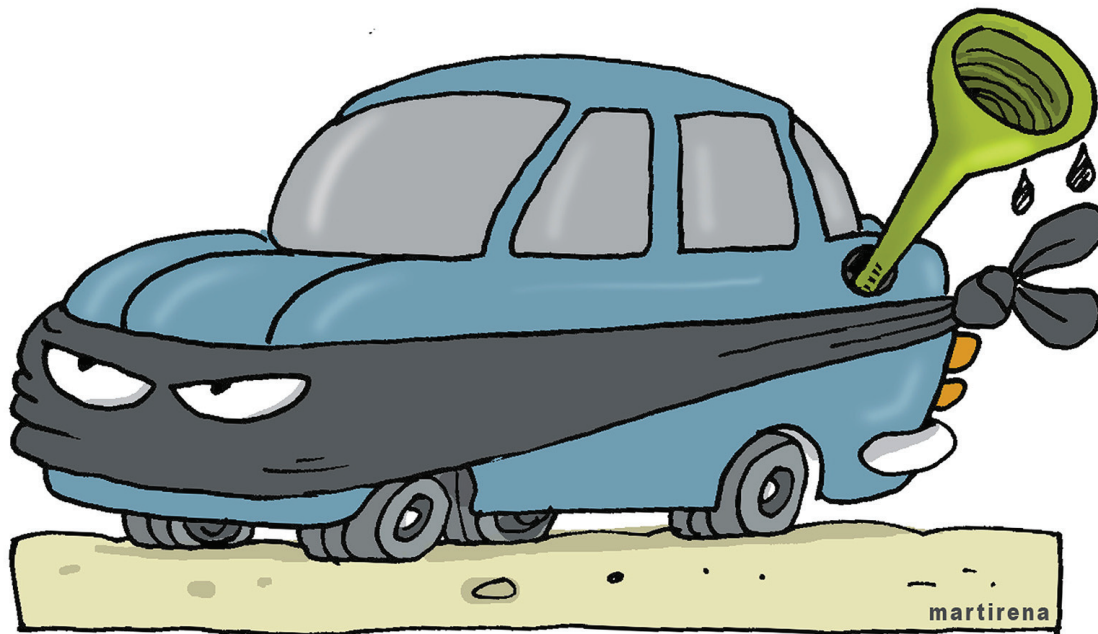
Según datos aportados por la Oficina Nacional para el Uso Racional de la Energía (ONURE) en el territorio, en 2018 la provincia registró bajos índices de comercialización de diésel en la red de servicentros de Cimex, en comparación con los 628 carros privados que poseen licencia operativa.

En ese período, el promedio de ventas mensuales en los mencionados establecimientos fue ínfimo y, actualmente, no sobrepasa los 1,11 litros por vehículo.

Este año el escenario resulta similar a la etapa precedente. Fisuras en el control del importante recurso son la causa principal de estos desmanes, que son aprovechadas por personas inescrupulosas para desviar el combustible asignado, venderlo en la bolsa negra y lucrar con lo que tanto le cuesta al Estado.

En 18 acciones de control a entidades de la economía y los servicios, 11 de ellas obtuvieron calificación de deficiente, lo que representa el 60 % de los centros visitados.

Asimismo, las afectaciones económicas estimadas en la provincia en 2018 en las empresas inspeccionadas con resultados deficientes ascendieron a 17 546,80 (CUC) y 6436,52 pesos (CUP).



Para tener una idea de la magnitud del problema, en esa etapa, de los 305 despachos mensuales realizados a centros altos consumidores, algunos no justificaron el combustible faltante en dos meses o más; entre ellos, la Empresa de Ferrocarriles del Centro y la de Productos Lácteos.

¿Dificultades detectadas? Fallos en el control de las tarjetas magnéticas como está regulado, así como su falta de personalización; incorrecto uso de los sistemas de gestión y control de flota (GPS) —al no cumplir con lo establecido en los proce-

dimientos aprobados—, deficiencias en la normación de los índices de consumo de combustible por equipo y un sobreuso de este por encima del 5 %.

Ante ese dilema, en septiembre de 2018 el Consejo de Ministros aprobó un conjunto de medidas, a fin de enfrentar este tipo de desfalco.

Las acciones comprenden la personalización de las tarjetas magnéticas por vehículos y por responsables, para que el control llegue hasta su consumidor final.

También, el análisis mensual de las ope-

raciones asociadas a dicho tema en los consejos de dirección, con el propósito de elevar la exigencia en el cumplimiento de los mecanismos de control por parte de las administraciones, y un mayor rigor a la hora de imponer las medidas disciplinarias a quienes incurren en violaciones.

De igual forma, se aplica la reducción del 50 % del combustible destinado a las administraciones, entidades y directivos con auditorías, verificaciones fiscales y acciones de control deficientes.

A ello se suman los planes de enfrentamiento al robo del preciado recurso que deben existir en cada instancia, así como el levantamiento de las tarjetas prepagadas de combustibles, y de las personas y los vehículos a los que se le asigne.

Apremia reforzar el control para eliminar el uso indebido o hurto, tarea obligada de las direcciones y administraciones para terminar de una vez con este flagelo.

Vale también continuar apelando a la conciencia de cada cual, mucho más en momentos en que el país transita por una difícil coyuntura financiera.

Aplicar medidas más enérgicas con los infractores contribuiría a mitigar la situación, pues como comentó el ingeniero Jorge Díaz Llanes, al frente del Departamento de Fiscalización de la ONURE en Villa Clara, son los propios directores y personal administrativo los responsables de hacer un uso eficiente de los portadores energéticos, y de evitar las sustracciones indebidas, al dejar brechas en el control, por donde se escapa el combustible.

## INVISIBLES



«La austeridad no está de moda», parecen vociferarnos a todo pulmón las leyes del consumismo, que simulan evadir la realidad global. Incluso en Cuba, como en cualquier parte del mundo, el ritmo tecnológico y los gritos de la novedad mercantil zarandean los bolsillos de los más jóvenes... y de sus padres.

Recientemente, alguien comentaba su inquietud porque el «niño» de la casa —en realidad un adolescente— era el único de la clase que no tenía celular. De ahí que saliera «a todo galope» para —haciendo malabares con la economía— impedir que su hijo fuese la nota discordante del aula, el fantasma de los nuevos mundos virtuales de la escuela.

El quid del asunto en estos tiempos es que la banalidad escala la cima del éxito: «tener o no tener», ahí está el problema. El pragmatismo escamotea el sentido ciudadano e invisibiliza las realidades familiares a escala mundial. Entonces, el gimnasio, los bares o las discotecas; la subasta de imágenes privadas en las redes sociales; los últimos escándalos de los artistas del momento, acaparan la atención de muchos jóvenes, y no tan jóvenes.

Móviles similares impulsaron

Por Yinet Jiménez Hernández  
(yinet@vanguardia.cu)



a Laura a cortarse tres cuartas del pelo, que vendió para ponerse uñas y pestañas. Si quería empastar con el grupúsculo de la popularidad —pese a su incapacidad de costear anteojos— tenía que ser igual a aquellas de labios rojos, las de la pasarela matutina, clones perfectos unas de otras. «Son muchachitas de esta época. La metamorfosis me parece normal», justifica la hermana mayor.

Así, cegados por el amor familiar, aceptamos la superficialidad a tales niveles que llega a sonar lógica, natural, sinónimo de «inexperiencia». Así, por no perder cualidades de «atemperados» y «modernos», dejamos que las indisciplinas declaren estado de sitio al futuro del hogar, cuna del futuro de la patria.

Por eso, no es de dudar que cuando se imponen la exigencia y el carácter, muchas personas dignas salgan heridas. Sucedió hace bastante tiempo, cuando un profesor logró una declaración de guerra por parte de sus alumnos. El único talón de Aquiles encontrado al joven educador fueron sus pocas mudas de ropa, siempre impecables. Pero con el objetivo de rebajar su autoestima y «flexibilizar» la materia, comenzaron a aparecer en el buró

soberbias burlas —entre ellas zapatos viejos, rotos y mal olientes— para que, al decir estudiantil, «mejorara su escapatate». Esta acción arrogante pasó por la historia arcolar con menos penas que glorias. Jamás la olvido.

Recientemente un grupo de jóvenes me contó caso similar. Casper —como el fantasma de Walt Disney— llamaban a ciertos compañeros que no podían seguirle el ritmo a la dura y pura economía. ¿Adónde se escondieron los llamados valores humanos que, por más que busco, no logro encontrarlos?

A propósito del tema, una amiga me comentaba con dolor que a su hijo le estaban rechazando en la escuela por anticuado. Y se autorreprochaba:

«Lo enseñé a dar los buenos días, las gracias, a ceder el asiento; le inculqué austeridad, nobleza y respeto. Lo instruí para que no se fijara en las pruebas, para que supiera escoger qué libro leer, qué música escuchar. Es más, le grabé que las cosas esenciales son invisibles a los ojos. ¿Y ahora qué le digo? ¿Que yo tengo la culpa?».